

El elefante en el dormitorio

OLMEDO BULA VILLALOBOS

¡A llí estaba! Alistándose para la *Vigésimo Segunda Conferencia Internacional Educación 2900* sobre los beneficios y bondades de los susodichos Maestros Robots. Con paciencia y desdén, alistó todo lo necesario para un día de tortura y sandeces académicas. Ataviado en su pulcro saco, camisa de manga larga perfectamente planchada, se aventuró a la calle. Aquel hervidero marcaba los 47 grados centígrados, un verdadero infierno. Su caminar era lento y tortuoso, como quien se dirige a un lugar del cual nunca quiso saber. Aunque era más que obvio su descontento, el profesor Urracá sabía exactamente lo que quería y el porqué de su participación. Al llegar a la conferencia, el profesor Urracá no lo podía creer, simplemente no daba crédito a sus ojos: todavía se encontraban conectados a sus cargadores los pueriles Maestros Robots. En ese momento pensó: «¿Cómo es que ni siquiera están listos y cargados para empezar este maldito aquellare tecnológico?». Con un estoicismo más que admirable, hizo el registro para poder participar de tan distinguido evento.

Asistente: (indiferente) ¿Su nombre?
Profesor Urracá: (orgullosamente)
Plutarco Urracá, para servirle.

Asistente: (buscando en una lista de nombre) Urracá, Urracá, Urracá...
Profesor Plutarco Urracá, aquí tiene su gafete y tiquetes para el almuerzo.

Profesor Urracá: (algo molesto) Para usted soy el Licenciado Plutarco Urracá, dígame licenciado.

Asistente: (indiferente) Disculpe, licenciado Urracá, aquí tiene su gafete con su identificación y los tiquetes para la alimentación.

Profesor Urracá: (solapadamente) Gracias... no voy a necesitar los tiquetes.

Entre efusivos abrazos y charlas insulsas, transcurrió la siempre formal etapa de presentaciones y saludos. El profesor Urracá trató al máximo de no intimar con los presentes y pasar desapercibido en la medida de lo posible. Simplemente no quería que nadie lo viera, absolutamente nadie. No quería que notaran su lozana piel y aspecto casi juvenil. Al fin pasó lo inevitable.

Profesora Groen: (con alegría sincera) ¡Plutarco, amigo mío! Qué gusto y

qué honor saludarte después de tanto tiempo... ¿Qué serán? ¿Veinte años sin vernos?

Profesor Urracá: (hipócritamente) ¡Vanessa, Vanessa, Vanessa! Qué alegría saludarte, estás regia y bella.

Profesora Groen: (asombrada) Hombre, pero no has cambiado un ápice. Estás exactamente igual que hace veinte años. Nada, nada, nada... ¡No has cambiado nada! Y siempre elegante, la elegancia ante todo, camisa de manga larga y saco. ¡No te asas con este calor que derrite?

Profesor Urracá: (nerviosamente) No, no... para nada.

Para sus adentros, el profesor pensó: «¡Mujer casquivana y pécora! ¿Cómo se atreve siquiera a dirigirme la palabra?». Valiéndose de artimañas, el profesor Urracá logró esquivar y despistar a su muy asombrada amiga para concentrarse en el inicio de la conferencia. Definitivamente, el profesor Urracá sabía exactamente lo quería y lo que estaba buscando. Ya los Maestros Robots estaban cargados y listos para demostrar su valía académica y técnica. La mañana transcurrió entre demostraciones de diversos tipos de conocimientos y aspectos técnicos y de mantenimiento de tan sofisticados pedagogos cibernéticos. Los Maestros Robots eran verdaderas joyas de la tecnología educativa, maestros robotizados con programas didácticos basados en la coyuntura histórico-cultural que brindaba prosperidad, desarrollo y justicia social a la nación. Vamos, eran la apoteosis de la tecnología al servicio de los trillados procesos de enseñanza-aprendizaje. Mientras tanto, el profesor Urracá no podía evitar tan fútil pensamiento: «Estos maestruchos de lata no son mejores que yo,

simplemente no lo son, jamás lo serán». Absorto en su pensamiento se encontraba el profesor Urracá cuando la campana del almuerzo incesantemente indicaba la hora de comer. Aquello era un verdadero manjar de los Dioses: dátiles, frutas tropicales, miel, leche, carnes de todo tipo, fiambres, quesos, vinos y exóticos licores de todas partes del mundo. El profesor Urracá no probó bocado alguno, ni siquiera se detuvo a determinar aquel festín que a cualquier mortal hubiese deleitado y complacido. ¿Su excusa? «En este momento no tengo apetito, estoy algo desganado e indispuerto».

La exposición de la tarde se centró en los nuevos Ultra Cargadores OBV2900. Los expositores abarcaron todas las características y nimiedades de los modernos cargadores, y no de forma sucinta. Estos podían cargar en forma completa a un Maestro Robot en tan solo seis horas. Se conectaban al antebrazo del robot y listo, a disfrutar del conocimiento. Todos, absolutamente todos, estaban fascinados con tan flamante dispositivo. El profesor Urracá pensó: «Si tan solo pudiese comprarme un cargador de estos... solo son seis horas». La tarde prosiguió entre más demostraciones y constantes pedidos de los nuevos cargadores. Aquel pensamiento no se despegaba de la cabeza del profesor. «Si tan solo pudiese conseguir uno». Al final de la tarde, ya desesperado y aturdido, no tuvo más remedio que sucumbir y pagar los nueve millones de udis que costaba el cargador, un precio nada accesible para un profesional de la enseñanza. No importaba, ya el cargador era suyo, ya estaba en sus manos, por fin suyo, todo suyo. Al final del evento, irremediamente se encontró con su colega y amiga.

Profesora Groen: (indiferente) Hola, veo que también compraste tu cargador; enhorabuena, mi amigo.

Profesor Urracá: (distante) Sí, sí, lo compré para... para usarlo en casa.

Profesora Groen: (algo entusiasmada) Nosotros vamos a usarlo para cargar nuestros Maestros Robots, los niños estarán dichosos.

Profesor Urracá: (aún más distante) Claro, claro... se hace tarde, adiós.

Su esposa lo esperaba con ansias. «¿Cómo te fue? ¡Cuéntamelo todo! ¿Lo conseguiste? Habla de una buena vez». El profesor Urracá alcanzó en el fondo de la bolsa aquel aparato y sin demora

lo colocó en la mesa. La mujer estaba estupefacta: no lo podía creer. Finalmente, se sentaron. Se encontraban uno frente al otro sin mediar palabra alguna. Con el amor y el cariño que solo exhiben y tienen quienes han estado por mucho tiempo juntos, el profesor Urracá tomó delicadamente el antebrazo de su mujer... y la conectó al cargador. Estaría lista en tan solo seis horas. Se quedó allí contemplando su belleza sin par, todo había valido la pena. Ya casi se agotaba su tiempo, raudo se quitó su saco y se recogió las mangas. Después de observar el cable, se quedó atónito. Para su horror, ese maldito conector no le servía.

